

DIEGO

¿Dónde bueno, hija mía?

MENCIETA

¿Conósceme vuesa merced, por ventura?

DIEGO

Y muy bien: ¿no sois vos criada del señor Pascual Crespo, el herrero?

MENCIETA

Sí, señor.

DIEGO

¿Qué hace vuestra señora, la moza?

GUADALUPE

En toda esta noche ha podido reposar.

DIEGO

¡Jesús!, guárdela Dios; ¿y de qué?

GUADALUPE

De pensar en vuesa merced.

MENCIETA

Calla, asno. En verdad, señor, que miente.

DIEGO

Yo os aseguro que algo debe de ser cuando el mozo

lo dice. ¿Qué le parece, señor, si va la cosa desaviada?

RODRIGO

Ansí es menester.

DIEGO

Decí, hija: ¿hanle dicho como me quiero casar con ella?

GUADALUPE

Pues ¿de qué piensa que ha estado esta noche tan pensativa?

DIEGO

Yo te creo.

GUADALUPE

Guárdemos Dios, señor.

DIEGO

¿Y de qué, hijo, así hayas ventura?

GUADALUPE

¿De qué, señor desposado?: de amores.

DIEGO

¿Qué, qué?, ¿de mí?

GUADALUPE

Que no, sino de aquese devantal; que le han dicho que hace vuesa merced maravillas, y que es el mejor

hombre de echar un remiendo en un zapato que hay en todo su linaje.

DIEGO

¿Yo, remiendo? Por cierto que le han mentido. ¿Soy negro oficial de obra prima? ¡Mirad qué testimonio tan grande!

GUADALUPE

Sí, sí; así creo que le dijeron, y que en casa de vuesa merced ponen unas ollas por milagro.

DIEGO

¿Cómo por milagro? De bien guisadas querrás decir.

GUADALUPE

No, sino cuando en su casa se ponen lo pueden contar por milagro; porque no se acostumbran de poner sino de cuatro en cuatro meses, como á tercio de alquiler de casa.

DIEGO

¡Jesús, Jesús!, ¿tal le han dicho? Por mi conciencia que es levantamiento; si no dígalo el señor casamentero.

GUADALUPE

De lo que más mi señora se ha enamorado es de su buena cara.

DIEGO

Eso bien puede ser.

GUADALUPE

En verdad que hablando el otro día en vuesa merced, estándole alabando sus faiciones, no faltó quien dijo: «¡Bendita sea tal cara, que en mi álima que no parece sino boñiga de buey en mes de mayo!»

DIEGO

¿Quién dijo tal? algún bellaco malicioso. ¡Ah, que no se escapará hombre de malas lenguas!

MENCIETA

Déjele, señor; que devanea.

GUADALUPE

¿Qué devanea? ¿Tu no oíste decir que en su poder tenía muy conservada la dentadura?

DIEGO

¿En qué?

GUADALUPE

En estirar las piezas de los cordobanes con los dientes, y que por eso tiene vuesa merced las manos tan conservadas de tratar las suelas, que parecen las coyunturas ñudos de guindo ó de alcornoque.

DIEGO

Por eso tengo unos guantes para las fiestas. ¿Hay tal cosa en el mundo?

GUADALUPE

¡Qué bien le deben de armar!

DIEGO

¿Por qué no?

GUADALUPE

Sí, sí; bien creo que le asentarán á vuesa merced como á la negra el afeite.

MENCIETA

¿Conocerá agora vuesa merced si está chacotero el mozo?

DIEGO

Pues yo os prometo, don asno, que si os echo mano que vos me lo paguéis.

RODRIGO

Déjele, señor.

DIEGO

Y que si vuestro amo no os castiga que no me tenga por amigo.

MENCIETA

Vamos, diablo. — Señor, perdone.

DIEGO

Perdóneos Dios, hija.

GUADALUPE

Señor desposado; no deje vuesa merced de feriar ese gesto á unos fuelles, y haréis más provecho á mi

amo; y no os atreváis más de pasar nuestra calle, si no podrá ser que volváis cargado de leña seca, porque verde no la hay en casa.

DIEGO

¡Aguardá, don tacaño!

RODRIGO

Dejaldo, que no es de hacer caudal de quien no sabe lo que se dice más que una alforja.

DIEGO

Calle, señor; ¿paréscele que para un hombre que pretende lo que yo, que es bien irlle con semejantes razones?

RODRIGO

Vos mismo dais ocasión á todo. Políos, políos, ¡pecador de mí!, que me parece á Armelina la que está á la ventana.

DIEGO

Blanquear veo; no sé si es ella.

RODRIGO

Pues ¿quién ha de ser? Fingid que soy vuestro mozo y preguntadme algo delante della, porque parezcáis hombre de pundonor, y no mentéis cosa del oficio ni por pensamiento.

DIEGO

Bien me decís. ¿Oyes, mozo?

RODRIGO

Señor.

DIEGO

Ven acá: aguja á casa de mi compadre Pero Alonso, que me haga merced de aquellos cantraortes y aquellos chamberiles, digo, aquellas guarniciones para el zapato sobresolado.

RODRIGO

¿Qué decís?

DIEGO

Digo para el cuartago.

RODRIGO

Sí haré, señor.—Enmendaos, ¡pecador de mí!, que os destruíis vos mismo.

DIEGO

No había mirado. ¿Pusiste en cobro aquellas hormas?

RODRIGO

¿En qué pensáis?

DIEGO

No quise decir sino aquellas almohazas.

RODRIGO

¿Tantas almohazas habéis de tener?

DIEGO

Mirad: sacarme á mí de curso es echarme á perder y destruirme. Mas callad, que agora lo enmiendo todo.

RODRIGO

Vaya.

DIEGO

Aparéjame aquel boix y aquellas tijeras, digo, aquel peine y aquella limpiadera.

RODRIGO

¡Válaos quien quiera! Hablalde y será mejor.

DIEGO

¿Que le hable? Ven tras mí, mozo.

RODRIGO

Soy contento.

DIEGO

Ilustrante señora. — ¿He empezado bien?

RODRIGO

Bien.

DIEGO

Piel anchísima, blanda y amorosa que cubre mis quemantísimas entrañas; afilado trinchete para cercenar la penetrante vira de mi penado zapato, y corcho de mi mal forjado plantufo.

RODRIGO

¡Paso, paso!

DIEGO

Y finalmente, alezna y aguja que atraviesa de parte á parte el retoricado corazón mío.

RODRIGO

¡Oh, pecador de mí, que todo lo habéis enlodado y echado á perder. En verdad que no habéis dejado aparejo ni herramienta en todo el oficio.

DIEGO

En ver á la ventana mi esposa no atino á decir cosa á derechas.

RODRIGO

Aun como habéis tenido ventura.

DIEGO

¿En qué?

RODRIGO

Que es un paño que está puesto á la ventana á enjugar.

DIEGO

Por su vida, abráceme y vamos de aquí antes que otro peor nos suceda.

RODRIGO

Vamos.

SCENA CUARTA

INTERLOCUTORES

JUSTO, *gentilhombre*.—BELTRANICO, *paje*.—VIANA, *padre de Justo*.—MULIEN BUCAR, *moro*.

JUSTO

Esta es, Beltranico, la casa de aquel herrero donde digo que vive aquella hermosa doncella que algunas veces te he contado, la cual tan esquiva se me enseña, que aun á la cara jamás con buen semblante se digna mirarme.

BELTRANICO

Dime, señor : ¿y sabes si es hija suya de aqueste Pascual Crespo?

JUSTO

No curo nada de saber cúa hija es; basta haberme parecido bien, que en lo demás, ¿qué me va á mí saber si es hija suya ó de quién? Yo la he visto en casa del herrero, y no quiero saber más.

BELTRANICO

Dígolo porque parece moza de gran recogimiento para ser hija de hombre tan bajo. Pero dime, señor Justo : ¿tu padre qué piensa hacer á cabo de cinco ó

seis meses que andamos vagando por estas calles, comiendo sin provecho lo que terníamos excusado?

JUSTO

Yo te lo diré. Hásele asentado en la memoria que en este pueblo ha de hallar á su hija Florentina; porque allá en Bolonia, antes que partiésemos, se lo dijo un sabio, de nación griego, que sin duda la había de hallar en esta ciudad, y él piensa no partirse hasta descubrilla ó morir en la demanda; y ella debe de estar ya con los muchos.

BELTRANICO

Eso como en la mano.

JUSTO

Pasémonos á estotra esquina de calle, por ver si podré gozar de la vista de mi señora Armelina.

BELTRANICO

Á Mencieta, su criada, querría hablar, que me ha prometido *certum frasquis*, y sé que no sería mal tercero para tu negocio.

JUSTO

Desviémonos un poco, Beltranico, que aquel hombre que viene parece mi señor.

BELTRANICO

Sí, él es; vamos de aquí.

VIANA

Aunque en los trabajos de esta miserable vida, los que en ella vivimos por diferentes maneras los padecemos, el mío en grado es superior excesivamente padecido, pues son pasados casi cinco meses que en este pueblo resido, donde aquel griego me certificó que hallaría á mi amada hija Florentina, la cual de una casa de placer, de edad de cuatro años me fué robada de Viana, un pueblo donde yo nascí, por cuya falta, un hijo adoptivo he, con harto trabajo criado; y él con algunas mocedades de mi obediencia se aparta, pues por muy cierto me han avisado que de una hija de aqueste herrero que en esta casa vive anda sin juicio enamorado. Dios lo provea mejor que yo lo imagino, y con dichosa vuelta á Viana, nuestra mi¹ cara patria, con salud y gozo nos retorne. Soime salido por estos arrabales, donde en una casilla de aquestas vive un moro granadino que dicen que en muchas artes es habilísimo, especialmente en descubrir hurtos y cosas perdidas; y, según las señas, esta casa es la suya. ¡Hola! — ¿Quién está en su casa?

MORO

¿Quin llamar, quin llamar? ¡Hola! ¿Pinxastex quin-xordamox porque traquiltraque?

VIANA

Perdonad, buen hombre, que á pensar que hacíamos enojo, de otra suerte se hiciera.

¹ Así en los dos textos; parece debe ser «muy».

MORO

No hay aquí perdonanxax, amego; extá la perxona lo que complimox y voxotrox voxtra merxe agora en extorballe un palabra no max haxer que perdemox cuanto ex tarbajado ¹.

VIANA

Buen hombre...

MORO

¿Par qué bon hombre? Mirar xistar vox bon hombre: fablar de tra xuerte.

VIANA

Hombre honrado, no toméis pesadumbre, que mi intención no fué ofenderos ni enojaros; antes soy venido á buscar tal medicina de vuestras manos cual soy informado y siento que me podréis dar.

MORO

Aya, xiñor, dexter que querer prexto qui buxcar, porquextamox faxendo xerto experimento ó como liamar.

VIANA

Señor, sabiendo vuestra habilidad, quise acorrer á vos, que vuestra buena fama se extiende de manera que yo creo que habemos allegado á buen puerto.

¹ En la edición sevillana «trabajado».

MORO

¡Ah, picador de mí! Hablamox prexto. ¿Para qué tanto revolver palabrax? Dexter «esto quero, exto mando», y xerrar al pico; un palabra baxta. Á buenox palabrax poco entendedores.

VIANA

Señor, yo soy extranjero, y tuve una hija en un pueblo llamado Viana, donde yo soy natural, y me fué hurtada de una casa de placer, siendo niña; ha mucho tiempo que la busco. Si en vuestra sabiduría consiste ¹ alguna habilidad con que yo salga de trabajo, buscaldo, y sea á costa de mi hacienda.

MORO

Dexter, xeñor: ¿cómo liamaxtex?

VIANA

Señor, Viana.

MORO

¿Cómo liamar al fija?

VIANA

Florentina.

MORO

¿Y al terra voxtra?

VIANA

Viana, que de allí he tomado el apellido.

¹ Igual en ambos textos.

MORO

¿Qui xon pellido?

VIANA

El nombre, señor.

MORO

Yantendemox; dexter, xñor: ¿tener voxtra re-
renxa bon ánimo é bon xofrimento?

VIANA

Señor, yo creo que no faltará.

MORO

Haxerte prexto á un banda y caliar al pico; no tener pavor si querer aliar tu fija. «Aya, vox Pla¹ tón¹, gran xñor da quel excorro y gran temerexo reino, conxorro vox también Proxorpena, querida da- quixti infernal xiñor, por aquel poder que sobre lax infernalex xombras vox tovextex concedido ox apremio que vixta aquexa mi petixón menviar logo logo á la antigua mágica Medea, naxida en ixla liamada Colcox, por cuya gran xabiduría aquel dorado Vexino por las manox del venturoso Jaxon, del templo de Marte fué con no pequeño trabajo ganado.» Aya, aya, xinora Medea, venir á mi liamamento.

MEDEA

¿Qué es lo que quieres, Mulien Bucar, que tan apremiados tienes á los que en las profundas tinie-

¹ Léase «Plutón».

blas y escuros sitios moramos? Vesme aquí: yo soy aquella que por los amores de aquel mancebo que tú sabes fué fratecida¹, desmembrando en piezas menudas á mi pequeñuelo hermano Absirto, porque el viejo padre de entrambos, en tanto que yo huía de su vista, por seguir al mi Jason, recogiendo los esparcidos y sangrientos pedazos del amado hijo, por algún espacio de tiempo se detuviese, en tanto que yo, con mi nuevo esposo, en las naves me recogía; sin otras cosas que, así por mi sabiduría como por mi crueldad, viviendo procuré efectuar. Así que, vesme por tu mandamiento apremiada, mira lo que mandas, que en todo y por todo serás obedescido.

MORO

Medea fija, ben te conoxcox, ixta extar cauxa que te faxemox venir á noxtro mandamento: dexirme, infernal perxona, dónde morar, en qué rigión y qué reinox, en qué terra, un moza daquel quixtar prexente. Dexérmelo, aya; haxer lo que mandamox para aquel xobrado poderío que sobre lax yerbax, sobre piedrax, enxima danimalex y max sobre lax infernalex potencíax mi gran xabiduría me conxede.

MEDEA

Has de saber que en esta ciudad vive, y en una casa no muy á su contento; con brevedad conviene buscalla antes que por el extremo en que está puesta haga algún desvarío. Y porque tu pregunta no se

¹ Lo mismo en el texto sevillano.

extiende á más que saber en qué rigión aquesa que buscas mora, voime donde mis penas en tanto que los siglos duraren no se verán aniquiladas.

MORO

Anda vete, y dar mix encomendaxonex á Platón, Proxorpina, y dar mix bexa manox á Canxerbero y á lo de max, que quedamox para todo xu xervixio. — ¡Ah! ¿Qué te parexer, xeñor honrado? ¿Tenerlo todo ben entendido?

VIANA

Muy bien, señor, y tome por el trabajo pasado.

MORO

Alá te dar xalud como te dexeamos. Parduna, xiñor, quel tempo dexcobrir al que quere-mox.

VIANA

¡Oh soberano Dios! ¿Qués lo que he visto? Pero agora que sé que está en este pueblo, conviene no reposar un momento hasta descubrilla. Pero ¡ay de mí! ¿En qué extremo tan grande es en el que está puesta mi hija que dicen que conviene hallarla brevemente antes que á las infernales furias abaje con alguna muerte breve, que con sus manos á su propia persona se busque? Voime ya, que aquel que me ha concedido saber lo uno, lo demás no me niegue.

SCENA QUINTA

INTERLOCUTORES

ARMELINA, *dama*.—NEPTUNO, *dios de ios mares*.—MENCIAETA, *moza*.—PASCUAL CRESPO, *herrero*.—DIEGO DE CÓRDOBA, *zapatero*.—GUADALUPE, *simple*.

ARMELINA

Grandísimo trabajo es vivir el hombre al descuento suyo y ser apremiado [á] hacer alguna cosa que contraria sea de su voluntad. ¡Ay, mezquina! ¿Pues cuál otro mayor que en el que yo al presente estoy puesta, procurando este Pascual Crespo de darme por vía de matrimonio desdichado á un hombre á quien la Naturaleza otra gracia no le ha concedido sino coser zapatos, y que aquestos mis viejos tan acosada me traigan á que yo lo acepte con toda brevedad? Por la cual ocasión me voy sin esperanza alguna de vivir á los desiertos y solitarios riscos, donde las fieras de mi desdichada persona puedan hacer á sus hijos cebo y para sus crueles dientes pasto; y si ventura tal no me quiere conceder, del más empinado lugar que encima del mar tempestuosa ¹ caiga determino lanzarme. Mas ¡ay ventura cruel! ¿quién viene hacia acá? ¡Ay triste de mí y qué horrible gesto!

¹ Así en ambos originales.

NEPTUNO

Tus palabras ociosas, Armelina, me han traído y sacado de las muy encovadas peñas y tremibundas ondas donde está mi señorío y morada, juntamente con los delfines, peces, bufeos, ballenas y más las anchas tortugas, á quien Natura de fuertes conchas armó, me sirven y hacen reverencia; y si quieres saber mi nombre y mi apellido, sábete que yo soy Neptuno, señor y poseedor de las posesiones y peñascos marítimos; también el que en los naufragios á las naves que por mis anchas ondas navegan suelo á unas favorecer y asimismo á otras anegar, donde solamente á Eolo, dios y señor de los vientos, reconozco obediencia, el cual muchas veces con su furia á los peces que tengo en mi servicio suele encerrar en los escondrijos y cavernas huecas por huir su furor. Y como te oí decir que en mis ondas determinabas hacer sacrificio desá tu vida, no quise consentir en tu desesperación y deseo. Ven conmigo, que aunque fuera de tu voluntad, antes de mucho serán reducidos tus trabajos en un sosiego y quietud agradable.

MENCIETA

¡Ay amarga de mí, y qué merezco yo! ¿Tenía yo cargo de su guardia, ó tenía yo las llaves de su aposento que así me maltratan? Tienen ellos la culpa y vuélvense á mí.

PASCUAL

¿Qué culpa, mala hembra? Vuelye acá, que pues

tú dormías en su retraimiento, tú me dirás qué se ha hecho della.

MENCIETA

Sí, sí, aguarden que yo lo diga. Estaba la otra hecha una víbora porque la querían casar contra su voluntad; ¡mirá qué milagro que se fuese como desesperada por ese mundo!

PASCUAL

¿Cómo contra su voluntad? ¿Y no le venía muy ancho á ella quererla yo dotar en mi hacienda y casa-lla con un hombre tan honrado, no siendo mi hija? Haced honra á semejantes.

MENCIETA

¡En eso se tenía ella! Decía que era hija de un hombre de los más principales de todo su pueblo.

PASCUAL

No me pesa sino de lo que las gentes dirán y por la deshonra que á mi casa se le pega; que ya que la había criado, quisiera ponella en buena parte.

DIEGO

¿Qué's aquesto que me han dicho, señor Pascual Crespo?

PASCUAL

Señor Diego de Córdoba, ya veis; parésceme que se nos ha ido la desposada.

GUADALUPE

Mencieta, mira que te llaman allá fuera.

MENCIETA

¿Y adónde?

GUADALUPE

Á la puerta de la calle.

MENCIETA

¡Á mí á la puerta de la calle! ¿Y quién?

GUADALUPE

Habla paso, que me dijo que te lo dijese en secreto.

MENCIETA

Déjate de secretos.

GUADALUPE

¡Válate el diablo!; no quiere el otro que lo sepa señor, y tú tienes más pico que aguja de San Germán.

PASCUAL

Y aun con esos secretos anda mi casa de tal suerte.

GUADALUPE

Que yo ya digo lo mismo, señor; ¿quién diabros te mete [á] ti abrazar á hijo de nadie en la casa puerta¹, ni dalle pañizuelos? Yo no lo digo por revolverte con señor, ni quiero que se diga de mí que soy gismero²;

¹ Así en ambos.

² En la sevillana «chismero».

mas la asadurilla del cabrito que el otro día faltó de la escarpia, ¿quién la comió, si te acuerdas?

MENCIETA

¿Yo qué diablos sé?

GUADALUPE

No te enojés; como se la presentaste adaqueel mo-zuelo que está á la puerta, hicísteme sospechar qué se la había comido. Anda, ve, que te aguarda, y pues que no es tu primo ni tu hermano, no le des lo que falta de por casa, que haces sospechar sobre los gatos, y no es buen ejemplo.

MENCIETA

¡Ay, qué grande levantamiento, válgame Dios!

GUADALUPE

Anda, ve, y pues le mandastes venir, buscar¹ algún mal alzado que le des, porque no venga en balde.

MENCIETA

¿Y qué tengo de buscar, boca de mentiras?

GUADALUPE

Otra asadurilla como la de marras y otro gato á quien levantar otro testimonio.

PASCUAL

¿Qué le parece, señor Diego de Córdoba, que ten-

¹ En la de Sevilla «busca».

ga yo en mi casa quien me robe para dar á quien se le antoja?

DIEGO

Cosa brava es servirse el hombre de hijos ajenos.

PASCUAL

Ven acá, hija Mencieta; ¿quién es aquel que te busca?

MENCIETA

Que no debe de ser, señor, sino una moceta, hija de una tía mía, y aquéste, como es tan grande asno, desatina.

GUADALUPE

Es verdad que desatino, mas como le veo con calzas y con capa y gorra, pienso ques mozuelo.

PASCUAL

¡Ah, traidora!; acabad, decí quién es aquel.

MENCIETA

¡Ay, señor!, no me apremien, que yo lo diré.

PASCUAL

Pues dí, veamos.

MENCIETA

Un mocito es, criado de un extranjero.

PASCUAL

¿Cuál extranjero?

MENCIETA

Uno que está aquí con su padre, el cual viene en busca de una hija suya.

PASCUAL

¿Qué conocimiento tenías con él?

MENCIETA

Señor, verle pasar por esta calle.

PASCUAL

¿Y por qué pasaba y á qué efecto?

MENCIETA

No lo sé, señor.

GUADALUPE

Sí sabe, señor, que miente.

DIEGO

Di, hija mía, la verdad, que yo le rogaré á tu señor que no te haga daño.

PASCUAL

¿Por quién era el paseo?

MENCIETA

Por mi señora, la moza.

PASCUAL

¿Cómo lo sabes?